

ANDREA LONGARELA

· NEÏRA ·

*Tú y yo en  
el corazón de  
Brooklyn*



Me llamo Aurora y estoy a punto de entrar en una iglesia para detener una boda. ¿Que no te lo crees? Pues siéntate, porque eso no es lo peor que he hecho en mi vida. Ojalá lo fuera. Ojalá no se tratara de una estupidez más que añadir a una lista.

En realidad, si estoy a punto de provocar un nuevo desastre, la culpa es solo suya. De sus ojos azules. De su voz de encantador de serpientes. De su innegable talento. De todo lo que esconde bajo esas prendas horteras y esa mirada airada. De la única persona del planeta que ha conseguido derretir a la Aurora más fría. Del maldito Evan Bradley.

Pero, espera, creo que me estoy adelantando. Para entender esto debemos retroceder un poco, justo hasta el día en que cumplí veintiocho años.

Imagínate una mesa con una tarta de arándanos en el centro. A un lado, mi vecino octogenario; al otro, su gato. Ningún invitado más.

No sientas lástima por mí, porque cuando soople las velas, pediré un deseo. Y se va a cumplir...

## Índice de contenido

Cubierta

Tú y yo en el corazón de Brooklyn

29 escalones para el final

28 velas para Aurora

27 tareas que realizar por un sueldo de mierda

26 sorpresas sin lazo de regalo

25 minutos para perder un trabajo

24 horas para llegar a odiarte

23 días hasta volver a verte

22 granos de arroz y un té helado

21 maneras de morir de aburrimiento

20 sorbos de tequila y un ascensor muy pequeño

19 pares de calcetines navideños y una escafandra

18 cosquilleos y un dragón

17 excusas para no hablar de sexo, o de nosotros, o de la extinción del dodo

16 capas y un salto al vacío

15 maneras de demostrarme quién eres

14 gemidos y una mentira a medias

17 13 es solo un número, la mala suerte la traigo yo

12 confidencias y una revelación

11 despedidas y un beso en el aire

10 margaritas para confesarte lo inconfesable

9 recuerdos agridulces y una bomba atómica

8 insultos con portazo incluido

7 entrevistas tan vacías como me encuentro yo

6 días para una boda que no debería celebrarse

5 dedos de la mano sobre mi cintura para recuperar el equilibrio

4 oportunidades y una historia por contar

3 despedidas y el latir de un cascabel

2 somos tú y yo

1 nueva Aurora

Epílogo

Agradecimientos

Referencias a las canciones

Para Bea, Estefi, Jan, Johanna, Maribel y Marta,  
que me abrieron las puertas de su vida  
y me acompañan en este camino.  
Os siento cerca

–Cayetana..., ¿estás segura de que es aquí?

–Sí, es el portal que dijo mi abuela.

Las chicas giraron el pomo. Las sentí antes de que sus pisadas sonaran por el hueco de la escalera. Eran tres. Jóvenes, con toda la vida por delante, curiosas y demasiado ansiosas por saber lo que nunca se debería conocer antes de tiempo.

La primera empujó la puerta entreabierta de mi casa y lo percibí enseguida. Un escalofrío extraño. Un cosquilleo que me subió por los antebrazos y se perdió bajo mi ropa. Una sensación que no debería estar ahí. Un aviso. Una señal.

–¿Artemisa? Soy yo, Cayetana. La nieta de Eugenia.

Me levanté y me las encontré en la entrada. Miraban todo con ojos inquietos, llenos de brillo, de vida, de fuerza. Su energía fluía como un manto eléctrico; la veía, rodeándonos con sus colores y sus destellos. Sus miradas vagaban de un lado a otro; estudiaban mis estanterías llenas de artilugios, en apariencia inútiles, las antiguallas que llenaban cada rincón del piso, las velas encendidas en las esquinas, cuyas llamas bailaban por la brisa que se colaba por la puerta sin cerrar del todo.

Al verme aparecer por el pasillo para recibirlas, dos de ellas se dieron la mano.

No sé qué fue, si aquella toga morada que me gustaba ponerme para trabajar, el turbante de mi frente o los collares de piedras que colgaban de mi cuello. Quizá mis pies descalzos o el ambiente cargado que nos rodeaba a todas; de sensaciones, de misterio, de esas cosas que se

sienten, pero no se ven. El caso es que se asustaron. Yo las asusté.

–Cayetana, diles a tus amigas que no muerdo.

Ella sonrió ante mi broma y suspiró aliviada. La reconocí enseguida; era un calco de su abuela, los mismos ojos, la misma necesidad de aprobación por parte de los demás, la escasa confianza en sí misma.

Le sonreí a mi vez y les indiqué a las tres con la mirada que me siguieran.

La casa estaba en penumbras, como siempre, y olía a incienso. Una de ellas, la que estaba más tensa, arrugó la nariz al sentir el fuerte olor a almizcle. No era más que un truco barato para crear una neblina más acorde a la que los clientes buscaban. El aroma de lo místico, lo esotérico, lo espiritual. Memeces que nos vende la televisión, ya que lo que creemos oculto se encuentra en cada soplo de vida sin necesidad de disfrazarlo de nada, solo hay que saber verlo con los ojos adecuados.

–Sentaos.

Me coloqué tras la mesa redonda; ellas cogieron las sillas y me obedecieron.

Las observé bien. Cayetana parecía orgullosa de haber sorprendido a sus amigas llevándolas hasta mí. Daba la impresión de estar nerviosa pero a la vez encantada con el momento. Miraba sin cesar a las otras dos, sobre todo a la de cabellos rubios, como si esperase ver en sus ojos algún signo de admiración o aprobación.

Eran muy jóvenes. Quizá no tendría que haberlas dejado entrar, pero su neurótica abuela era una de mis mejores clientas y no quería perderla por no darle el capricho a su única nieta. Eugenia era una vieja heredera rica pero sumamente infeliz. Era lo único en lo que debía pensar: en el dinero que Cayetana acababa de dejar encima de la mesa y con el que pagaría la siguiente factura de la luz.

Lo cogí y lo guardé bajo los faldones de terciopelo.

–Ni siquiera lo ha contado... –susurró asombrada.

No me hacía falta, porque se me daba bien saber cuántos billetes doblados iba a encontrar por el grosor; tal es la experiencia que una gana cuando pasa hambre y, aunque aquello correspondía a una época anterior, lo aprendido no se borra tan fácilmente.

Sin embargo, les dejé creer en aquel poder que me otorgaron.

Cayetana era la típica niña adinerada, de melena recta color caramelo y ropa cara. Pendientes de perlas y un futuro brillante y decente asegurado solo por haber nacido con el apellido de su familia. Una vida fácil, si sabía vivirla y aceptarla como tal. Pocas complicaciones. Pocas responsabilidades.

Las otras dos no podían ser más diferentes entre sí. Una tenía el pelo corto rizado de color anaranjado. Era de estatura pequeña y atlética. Miraba a su alrededor con ojos críticos, pero sonreía bajo los cristales de sus enormes gafas redondas. Mis habilidades perceptivas se pusieron enseguida a trabajar con ella y fue sencillo. Era inteligente, ingeniosa, receptiva y una aventurera que algún día aportaría algo bueno al mundo. La otra, de melena rubia y ojos verdes, destilaba una seguridad y una arrogancia que costaba encontrar tan condensadas en una chica tan joven. Una frialdad pasmosa. Era lo único que podía ver en ella, porque eclipsaba todo lo demás.

—Ella es Marga. —La de las gafas me saludó con una sonrisa y siguió estudiando la sala con perspicacia; me recordaba a un pequeño ratoncito buscando la salida de un laberinto—. Y ella, Aurora.

Aurora fijó los ojos en mí. Eran profundos, expresivos pero a la vez esquivos. Fríos pero envueltos en llamas. Contradictorios pero directos.

Supe en el acto que ese presentimiento negativo que había sentido con su llegada se debía solo a ella.

Yo no aparté los míos.

Ocurría pocas veces, pero de vez en cuando me cruzaba con alguien de quien se me permitía ver más allá. Su interior, pedazos de su vida que debía recomponer para intentar comprender algo de lo que el universo pretendía decirme, presentimientos para tener en cuenta y que guiaran mi don hacia alguna dirección. Hasta su aura. Y la de Aurora era de un rojo intenso muy vivo, pero, a su vez, estaba rodeada de nubes grisáceas. Parecía vivir bajo un cielo amenazado de tormenta. No era algo bueno.

—Deberíamos irnos. Esto es una chorrada y César me está esperando.

Hizo amago de levantarse, pero alcé la mano y la puse sobre la suya. No sé por qué actué de aquel modo, pero supe que debía hacer algo por aquella chica. Que aquella visita, aunque Cayetana no lo supiera, estaba destinada a la fría y bella Aurora. Que destilaba egoísmo, orgullo, soberbia y enfado, pero que también gritaba muchas otras cosas ocultas. Como miedo. Inseguridades. Infelicidad. Como si toda esa parte oscura fuera solo una fachada.

El universo me había estado diciendo desde que había puesto un pie en el edificio que necesitaba mi ayuda.

Aurora se tensó, volvió a mirarme y la determinación de su mirada me convenció para sacar las cartas y comenzar a barajarlas con premura. Ella se sentó. No sé qué fue lo que le hizo cambiar de opinión, pero se quedó. Y, sin saberlo, aceptó que su vida también cambiase.

Cortó el mazo cuando se lo indiqué, en el más completo silencio. Las otras dos ni siquiera se quejaron por no ser las escogidas, como si sintieran esa lucha de fuerzas entre su amiga y yo.

—Elige tres cartas.

No pensó, fue directa y, cuando les di la vuelta, un escalofrío me recorrió entera.

Parpadeé, mientras las imágenes se sucedían frente a mí sin cesar como diapositivas a toda velocidad, solapándose, contándome una historia que aún no había ocurri-

do. La historia de una Aurora cuya vida necesitaba un empujón en la dirección correcta.

Vi una vida fácil y toda la suerte del mundo sobre aquella chica. Una suerte que ella usaba de un modo dañino y un tanto vil. No obstante, después las cartas me mostraban un vuelco, un giro imprevisto provocado por los errores cometidos. Vi odio, dolor, tristeza, decepción. La vi caer de una pirámide creada a su medida. La vi hundida, humillada, rechazada. La vi perderse. Vi menguar el brillo de sus ojos, de su piel, de su aura, hasta convertirse en una nube opaca. La vi olvidar esa suerte en un cajón y cerrarlo con llave. La vi dejarse llevar por todo aquello, arrastrada por sus decisiones y sus actitudes.

—¿Qué pasa, Artemisa?

La voz temblorosa de Cayetana me trajo de vuelta a la realidad. Tuve que carraspear para encontrar la mía, ya que aquellas visiones espontáneas e incontrolables solían dejarme exhausta y un tanto ida por unos segundos.

—Nada.

Aurora soltó una risa molesta.

—Lo que yo decía. Esto es una estafa. Debería devolvernos el dinero, pero no es necesario. Nos sobra, y a usted parece que le hace falta —exclamó de malos modos, mirando mis estanterías cubiertas de polvo.

Luego se levantó con tanta rapidez que su pulsera se enganchó con los hilos de cuentas que colgaban del tapete de mi mesa y, con un golpe de melena y un fuerte tirón de muñeca, se dirigió a la puerta.

Recogí las cartas, no sin antes ver retazos de su futuro de nuevo detrás de mis párpados. No podía frenarlo. Era un don que me consumía cuando tomaba el control. La vi creciendo, madurando, cumpliendo su condena, viviendo a medias. La vi floreciendo un día y enamorándose de unos ojos color turquesa. Y también la vi llorando en una habitación de hotel y pensando en mí.

En él, en su mala suerte y en mí.

–¡Esperad!

Las tres se giraron, sorprendidas por mi ímpetu.

Me acerqué. Aurora me fulminaba con sus ojos verdes, pero no era fuerza lo que percibí entonces en ellos, sino miedo. Un miedo descomunal que la conectaba al mío propio, a todo aquello que estaba sintiendo y que me unía a ella.

Le cogí una mano y la apreté entre las mías. La energía fluyó y nos contó secretos a las dos en forma de sensaciones.

–¿Puedo darte un consejo?

–Sorpréndame.

Soltó una risa de incredulidad y se estiró. Me sacaba una cabeza, pero, aun así, según las palabras salían de mi boca, la sentí pequeña, como si se encogiera solo a mis ojos hasta hacerse una bola a mis pies.

–Perdónalo. Cuando intente devolverte ese daño, piensa en lo que de verdad importa y perdónalo.

–¿De qué demonios está hablando? –Fue Marga la que preguntó. Su sonrisa se había convertido en una mueca cobarde que no trataba de disimular.

Yo insistí, con la mano de Aurora aún entre mis dedos.

–Es el único modo de que seas feliz y de perdonarte a ti misma.

Ella reaccionó y tiró de su mano con fuerza. Su expresión fue dura y un poco temerosa, casi como si, por un instante, creyera en los poderes que había heredado y con los que me ganaba la vida. Como si intentase encontrar un sentido a mis palabras.

Lo que ella no sabía es que no lo tenían; no en ese instante, pero algún día lo harían. Pese a ello, solo duró unos segundos; después, su frialdad regresó.

–Gracias, lo tendré en cuenta. –Se lanzó escaleras abajo—. ¿Sabéis cuándo? ¡Nunca! Vieja loca...

Se perdieron en las calles de la ciudad, con sus risas adolescentes y sus andares joviales. Y yo me quedé ahí,

pegada a la ventana y mirándolas marchar, mientras el aura de Aurora brillaba de un rojo vivo, intenso y tan único como pocas veces lo había visto en mi vida. Luego recogí el diminuto cascabel que se había caído de su pulsera al engancharse sin que ella fuera consciente y lo metí en un pequeño bote de cristal.

# 1

## 29 escalones para el final

De: evanbradley@scproduction.com

Para: aurorazumaya@linea2.com

Asunto: Tú y yo

Lo siento.

Corro lo más rápido que puedo. Noto que los pies me arden, sobre todo el derecho, y es que se me ha salido la zapatilla a medio camino, pero no me permito ni agacharme para intentar ponérmela de nuevo.

Se me acaba el tiempo.

Me agarro la falda larga con fuerza y siento mi corazón dando saltitos y pidiendo auxilio. También grita su nombre. No, creo que los que piden auxilio y una máquina de respiración artificial con urgencia son mis pulmones. Eso o un vigilante de la playa con brazos de acero y sonrisa de infarto haciéndome el boca a boca; quizá así me olvidaría de la tontería que estoy a punto de cometer.

Un infarto es lo que está a punto de darme. P pulmones traidores... Unos pocos meses sin salir a correr con él para que ahora me la jueguen así. Hasta ellos lo echan de menos.

Me cuelo por un agujero que encuentro en los setos laterales que bordean la finca. El culo apenas me entra, pero consigo hacerme paso a base de empujones y de un par de rasguños de regalo en la cara y en los brazos. Recorro el último trecho jadeando y, cuando doblo la esquina, la veo. Imponente, con una gran escalinata de piedra que, en vez de dejarme sin voz por lo bonita que es como fondo de una sesión de fotos de boda para el recuerdo, lo hace porque solo puedo pensar en si seré capaz de subirla sin desmayarme. O sin que me pillen antes los de seguridad.

Ya puedo oír sus murmullos de alerta a mi espalda, pero no me giro por miedo a encontrarme a dos gorilas enormes apuntándome con una pistola de descargas o algo peor.

Llegados a este punto, no hay vuelta atrás.

Pienso en él y cojo velocidad, movida por el impulso de que tengo que hacerlo. Pienso en sus ojos; en su sonrisa; en su voz; en que por su felicidad yo me pasaría la vida corriendo en maratones. Bueno, quizá no tanto, pero sí que le da un sentido a lo que estoy a punto de hacer. Una locura de las grandes. De las que arreglan o arruinan la vida de una persona. Posiblemente, la mía.

Veintinueve escalones después, llego a la puerta y la abro.

La iglesia es solemne, de techos altos, vidrieras de colores que le dan un aspecto mágico según los rayos del sol se cuelan por ellas y una infinidad de bancos a ambos lados repletos de gente elegantemente vestida para la ocasión. Veo tocados y pamelas de todos los colores y clases, y se me pasa por la cabeza la idea de que estoy en medio de una selva tropical por la cantidad de plumas de tonos estridentes que me encuentro. La madrina, por ejemplo, es un guacamayo con sobrepeso. Y, al fondo, de espaldas al cura y mirándose embelesados, ellos. Ella, de